

netraban en lo interior del territorio; proveía abundantemente la escuadra á sus necesidades. De todas partes acudían los griegos á ofrecerles la tierra y el agua: llegaban también con palabras de sumisión los de Tesalia, si bien mejor inspirados; luego resolvieron oponerle resistencia en los desfiladeros de sus montes. Acudieron allí Eveneto y Temístocles á la cabeza de diez mil combatientes para defender el paso del Euripo; pero instruidos de que la Macedonia ofrecía á los persas más fácil camino, y no hallándose en disposición de defender ambos puntos, se retiraron y los de Tesalia no tuvieron más medio que el de rendir homenaje á Jerjes.

Parecía que Temístocles se multiplicaba en medio de tanta escasez de recursos. Olvidando todo resentimiento, propuso á los atenienses llamar á todos los desterrados, entre los cuales Aristides concurrió á socorrer á su patria. Declaró la Pytia que los atenienses debían buscar su salvación detrás de muros de madera; y persuadiéndoles Temístocles de que el dios quería indicar con esto la escuadra, les decidió á que abandonaran á Atenas, á poner en seguridad sus mujeres, sus hijos y sus riquezas en Egina, Trezona y Salamina; los demás se trasladaron á bordo de trescientos buques, parte atenienses, parte suministrados por los aliados, y con ellos fué á apostarse junto á la puerta Artemisa. Allí empezaron de nuevo las hostilidades con motivo del mando; y á Euribiades de Esparta tocó en suerte el voto de los confederados. Temístocles, con mucha más capacidad para ejercerlo, no aparentó despecho alguno, ni dejó de sugerir las medidas que tenía por mejores. Habiéndose acalorado la discusión en una asamblea de jefes hasta el punto de levantar Euribiades su bastón de mando en actitud de amenaza, le dijo Temístocles con sangre fría:—*Da, pero escucha.*

Interceptado de este modo el paso por mar, se ocuparon también los griegos en cerrarle por tierra. Entre la Tesalia y la Lócrida se angosta un desfiladero llamado las Termópilas; á un lado se ven horribles precipicios y los peñascos del monte Eta; al Levante muchos pantanos, y es tan estrecho en varios parajes, que no hay posibilidad de que quepan dos carros de frente. Además, los focéos habían construido allí un

muro para impedir las invasiones de los de Tesalia. Se confió la custodia de aquel paso á Leónidas, rey de Esparta, quien no quiso llevar consigo más que trescientos lacedemonios. Antes de dejar su patria celebraron sus propios funerales con solemnes juegos. En el momento de la despedida preguntó á Leónidas su esposa:—*¿Qué recuerdo me dejas?—Te dejo, respondió, la súplica de casarte con un hombre digno de mí, que te haga madre de hijos dignos de ambos.*—A aquel puñado de héroes se reunieron cerca de siete mil griegos.

Cuando Jerjes, que en doce meses de marcha aún no había visto la cara al enemigo, supo que le aguardaban los espartanos, les envió á decir que rindieran las armas.—*Ven á tomarlas,*—fué la única respuesta que obtuvo. Les prometió tantas tierras como quisieran y la supremacía sobre la Grecia toda, á lo cual contestaron que no querían comprar la dominación á costa de la infamia, y que sólo con el acero tenían costumbre de hacer conquistas. No comprendiendo todavía cómo algunos centenares de hombres osaban resistir á un diluvio de pueblos, Jerjes les señaló el plazo de cuatro días para rendirse, pasado el cual les atacaría. Al quinto día gritaban á aquellos héroes los centinelas:—*Vienen los persas sobre nosotros.*—*Pues bien,* responde Leónidas, *marchemos sobre ellos.*—*Ved,* repuso un enviado, *que su número es tan crecido que sus flechas oscurecerán el sol.*—*Tanto mejor,* dijo Dioneceo, *con eso peharemos á la sombra.*

Pelearon y salieron vencedores (Julio 480); pero el griego Efilto (¡baldón eterno sobre el nombre del traidor!) enseñó á los persas otro paso, que les permitió coger á los griegos por la espalda. Entonces resolvieron retirarse; pero la ley decía á los espartanos: *Antes morir que abandonar vuestro puesto.* Quedóse, pues, Leónidas con sus trescientos hombres y algunos centenares de aliados:—*Os convidó á cenar esta noche con Pluton,* dijo á sus compañeros á la mitad de la comida que tomaron antes de la pelea. Luego que cerró la noche se puso á su cabeza dentro del campamento de los persas, encaminándose directamente á la tienda de Jerjes. Hubo tiempo para que escapara el monarca, pero los espartanos pasaron á cuchillo á muchos grandes de su corte y á cuantos encontraron

en su acometida, hasta que envueltos, vendidos por los tebanos y por la salida de la aurora, cayeron traspasados de heridas á escepcion de uno solo. Por de pronto no tuvieron más exequias que las de muchos millares de enemigos; posteriormente se les consagró una inscripción con estos versos de Leónidas:—*Pasajero, ve á decir á Esparta que nos has visto aquí yertos por obedecer á sus tantas leyes.*

Este revés valió de mucho más que una victoria, pues había enseñado á los persas que un puñado de hombres libres defendiendo á su patria bastaba contra una nube de esclavos. Alentó á Grecia tan insigne ejemplo, y excitaron á la imitación los nombres de Leónidas, de Dioneceo, de los dos hermanos Maron y Alfeo, repetidos de boca en boca. Hasta los mismos elementos eran hostiles á la escuadra persa, que por el gran número de sus buques tenía que permanecer mar dentro. Empeñáronse muchos combates sin resultado en las inmediaciones del Cabo Artemisa; mas cuando se supo que los persas habían pasado las Termópilas é invadían la Grecia, resolvieron sus naturales tomar posición entre Atenas y Salamina, por miedo de que dirigiéndose á la Eubea su escuadra, acosara por un lado la de los griegos, mientras la amenazase por el otro el ejército de tierra. Pero al alejarse Temístocles dejó en las rocas de la playa, donde iban á hacer aguada los aliados de la Persia, inscripciones que, recordando á los jonios la comunidad de origen, los socorros recibidos para recuperar su libertad é invitándoles á sacudir un yugo vergonzoso. No fueron estas palabras dadas al viento.

Orgullosa Jerjes, avanzaba de continuo, destruyendo especialmente los templos de los dioses en odio á la idolatría, que le mandaba su religión echar por tierra. Entró en Atenas sin obstáculo alguno (20 de Julio de 480) y la redujo á un montón de ruinas; pero la patria está donde existen los ciudadanos.

De tal manera aterrizó á los griegos el incendio de Atenas, que ya estaba la escuadra á punto de dispersarse. Opúsose á ello Temístocles vehementemente; mas como viese que no lograba su intento, dió aviso á Jerjes de que poseídos los griegos de espanto se iban á separar inmediatamente, y que siendo esto así le costaría gran trabajo destruir tantas flotillas,

pudiendo exterminarlas de un golpe con acometerlas á todas juntas.

Prestóle fé Jerjes, llegó á atacar en Salamina (25 de Setiembre) con sus mil doscientas velas á los trescientos ochenta buques de los griegos y quedó vencido. Artemisa, reina de Caria, que se había opuesto al combate, se condujo en él como una heroína, aun cuando fué arrastrada en la fuga general, lo cual hizo decir á Jerjes que en aquella jornada habían peleado los hombres como mujeres y las mujeres como hombres. Cuando cruzaba el Helesponto sobrevino una tempestad y declaró el piloto que era necesario alijar el buque; entonces los grandes de Persia se prosternan delante del gran rey y se precipitan al mar. También tiene sus héroes el despotismo.

Envalentonado Temístocles con el triunfo, proponía cortar el puente echado sobre el Bósforo y retener el Asia prisionera en Europa, si bien prevaleció sobre su dictámen el de los que decían: *A enemigo que huye puente de plata.* Se recogió inmenso botín y fué enviado á Delfos lo más precioso. Toda la Grecia declaró que á Temístocles se debía especialmente la victoria, y cuando apareció en los juegos olímpicos se puso en pié toda la asamblea.

Sin embargo, no se podía considerar la guerra como terminada, porque al retirarse Jerjes dejó á Mardonio trescientos mil hombres, la flor de su ejército; quiso en un principio este general hacer uso de un artificio procurando separar de la liga comun á los atenienses; pero se negaron á ello, y Cirsilo, que les aconsejaba esta desercion, fué apedreado, y su mujer y sus hijos fueron asesinados por las mujeres y los muchachos (479). En esta ocasión hizo Aristides instituir un rito por el cual se sumergían en el mar barras de hierro hecho ascua, legando á las Furias á todo el que osara entrar en tratos con los persas. Preparáronse, pues, á combatir, y mandados los griegos por el espartano Pausanias y por Aristides, derrotaron completamente en la llanura de Platea á los persas, dando muerte á cuarenta mil (25 de Setiembre); entre el número de los muertos se contó Mardonio.

Habían jurado todos los guerreros antes de la batalla posponer la vida á la libertad y dar sepultura á los aliados muertos con las armas

en la mano; y cumplieron su juramento en lo que les imponía de generoso, satisficieron también un deber piadoso levantando sepulcros en aquel mismo sitio, donde se renovaban anualmente los sacrificios en honor de los valientes que habían perecido, y juegos solemnes cada quinquenio. Detrás de un cortejo de carros, cubiertos con guirnaldas de mirto, caminaba un buey escoltado por un gran número de mancebos, que llevaban vasos de leche, de vino y perfumes; iba en pód el magistrado de Platea, vestido de púrpura, con un vaso en su mano izquierda y en la derecha una espada. Esta procesion atravesaba la ciudad y se dirigía al campo de batalla, donde el magistrado cogía agua del manantial cercano y rociaba las pequeñas columnas fúnebres, sobre las cuales derramaba esencias, y luego inmolaba al buey y vaciaba una copa en honor de los valientes, cuya sangre había cimentado la libertad de Grecia.

Señaló un acontecimiento no menos importante el día de la victoria de Platea. Fuerte con cuatrocientas velas la escuadra de los persas se había reunido cerca del promontorio de Micala en el Asia Menor y enfrente de Samos. Habían sido sacados á tierra los buques y rodeados con un muro; los que los montaban se habían puesto en actitud de defenderse contra los griegos, á quienes se habían reunido los jonios del Asia Menor. Aquella batalla, que mandaban por una parte Tigrano, y por otra el espartano Jantipo y el ateniense Leotichido fué mortífera para los persas, y para colmo de males consumió un incendio su flota.

Así las jornadas de Platea y de Micala hicieron perder á los persas la ilusión de invadir la Grecia; combatían ellos por obedecer á un monarca; los griegos por defender sus hogares; para los unos había el incentivo de las reales mercedes, las intrigas del serrallo y la esperanza de riquezas; para los otros el gobierno en manos del pueblo, que rara vez se engaña acerca de sus verdaderos intereses, y ninguna recompensa más que la pública alabanza y el sentimiento de la libertad y de la civilización. El único espartano que había sobrevivido al combate de las Termópilas no se libertó de la nota de infame sino muriendo en Platea. Contaban los persas con muchos hombres y con ninguna gran cabeza, ningún general y sí innumerables

tropas. En aquel mismo ejército sólo estaban disciplinados los persas; pero les habían enervado las delicias de la Media. Su caballería era demasiado numerosa y estaba solamente armada con dardos y escudos de mimbre; por el contrario, los griegos, habituados á la guerra, peleaban uno junto á otro, en falanjes sin contar más que diez y seis hombres de fondo; la juventud fogosa en las primeras filas y en las últimas los veteranos; aquéllos prontos al ataque, éstos incontrastables en el choque. ¿Pódía ser incierta la victoria?

La Expedición tan desastrosa agotó las fuerzas de la Persia, cuya población se había levantado en masa. Quisieron aprovechar esta coyuntura los griegos del Asia para recuperar su independencia, sostuviéronles los de Europa, y obligada la Persia por espacio de treinta años á sostener una guerra defensiva en el Asia Menor, la más lejana de sus provincias occidentales, renunció á todo proyecto de conquista y hasta perdió su equilibrio interior.

De vuelta Jerjes en Suza se dejó seducir por la reina Amestris; prendado después de Masiste, su cuñada, á fin de hacérsela propicia, hizo contraer matrimonio á una hija que tenía ella, llamada Artainta, con su primogénito Darío. Continúa la resistencia de Masiste, y dirige entonces su amor á Artainta. Amestris, rabiosa de celos, hace que se la entreguen; mutila su cuerpo, echa á los perros las carnes que la corta, y la envía de este modo á Jerjes, quien se contenta con dar friamente aviso á su hermano. Por último, muere víctima de una conjuración tramada por Artaban y por el eunuco Espamitro.

#### CAPÍTULO VIII.

##### Supremacía de Atenas.

Esquilo había combatido en Maraton, Sófoles entonaba en un coro de niños himnos á los dioses en acción de gracias por la victoria de Salamina; Eurípides nació en el mismo día en que se alcanzó; Herodoto se preparaba á eternizarla con la pluma, Phidias con el cincel. Semejantes nombres nos demuestran bastante que ha llegado la época en que Atenas brilla con todo su esplendor; ¿pero es acaso este un motivo

para callar lo que debe causar su vergüenza? Conservaba en sus templos un cuadro representando las procesiones de las cortesanas con esta inscripción de Simónidas: *Ellas han rogado á la diosa Venus la que por su amor ha salvado la Grecia.* El mismo día de la batalla de Salamina tres prisioneros elegidos entre los más gallardos fueron inmolados á Yacco, sobre la capitana de Temístocles, y Yacco, propicio por este sacrificio, contribuyó á la victoria con prodigios.

Los griegos habían vencido; pero tenían á su lado á los sátrapas medos ocupados en romper á precio de oro ó á fuerza de delicadezas voluptuosas á los que no habían podido subyugar con el hierro; así conseguían comúnmente comprar los principales ciudadanos. El botín alcanzado de los persas había aumentado las riquezas; fueron prodigadas con la indolencia de los que la adquieren fácilmente. Una vez que el enemigo común no inspiró temor, aquellos á quienes había reunido el peligro se dividieron en fracciones destrozándose entre sí (478). Procuraba Esparta conservar la supremacía poniendo obstáculos á la reconstrucción de la incendiada Atenas. Pretextaba el inconveniente de tener fuera del Peloponeso una ciudad de que el enemigo podía apoderarse á su antojo. Pero sus habitantes habían vuelto y abrigaban tal ardor por reedificarla, como dolor experimentaron al ser testigos de su destrucción. Cuando se trató de levantar de nuevo sus murallas se opuso á ello vivamente Esparta; pero Temístocles engañó á los lacedemonios con sus perjurios é hizo trabajar noche y día á los jóvenes y ancianos, hombres libres y esclavos, empleando para ello los escombros de los antiguos templos y palacios (477). Gracias á él, el antiguo y miserable puerto de Phaleria se vió bien pronto reemplazado por el vasto y cómodo Pireo, que se convirtió en una segunda ciudad unida á Atenas por dos largas murallas. Sus brillantes promesas atrajeron á su patria habitantes y obreros; persuadió á sus conciudadanos aumentar cada año veinte galeras á su flota, y nada descuidó para colocar á Atenas á la cabeza de la Grecia.

Preocupado con este pensamiento, declaró un día en una asamblea del pueblo, que tenía que hacer una proposición de la más alta im-

portancia, si bien era necesario permaneciese muy secreta; no debía, pues, confiarla sino á aquel que fuese designado al efecto. Aristides fué elegido unánimemente. Le manifestó que hallándose los buques de toda la Grecia reunidos en el puerto de Atenas, nada sería más fácil que incendiarlos y asegurar de esta manera la preeminencia de su patria. Aristides, vuelto á presencia del pueblo, declaró que la medida propuesta era muy ventajosa, pero injusta; no hubo necesidad de más para que fuese desechada unánimemente.

Temístocles emitió un parecer más honroso y no ménos útil cuando habiendo propuesto los espartanos excluir de los amphictyones á los pueblos que no habían combatido contra los persas, se opuso á ello demostrando que la exclusión se extendería á un gran número y que la Grecia permanecería á merced de dos ó tres ciudades. Aunque hubiese hablado así por sus celos contra Esparta, no por eso dejó de hacer un gran servicio á todo el país, cuyos lazos afirmó en lugar de romperlos. En efecto, á esta sola unión debió la Grecia elevarse á tanto poder, que aseguró su autoridad en Italia; extendió su dominación desde Chipre al Bósforo de Tracia y á las islas del Mar Egeo (470); gracias á ella se la vió establecerse en Tracia y Macedonia, en las costas del Euxio, desde el Yonto hasta el Chersoneso Táurico (la Crimea), y convertirse en protectora de la libertad jónica.

La flota griega fué primero dirigida contra Chipre y Bizancio para arrojar á los persas. Aristides y Cimón, hijos de Milciades, mandaban á los atenienses, y Pausanias, tutor de Plistarco, hijo del heróico Leonidas, se hallaba á la cabeza de los espartanos. Chipre fué liberada y Bizancio tomada, los persas fueron derrotados, y varios deudos de Jerjes quedaron prisioneros. Pausanias, envanecido con la victoria de Platea y aspirando al poder supremo pensó en aprovecharse de su cautiverio. Los envió sin rescate al rey de Persia, encargándoles le dijese que si quería concederle su hija en casamiento, le entregaría la Grecia. Jerjes, á quien agradaba la proposición, lisongeo la esperanza de Pausanias, el que disimulando pocos proyectos se vestía, alimentaba y recibía ya al estilo de los persas. Los jonios y los demás confederados á quienes desagradaba-